

Testimonio de la fe Luterana

Lección 12

La Vida Eterna: Seguridad para los cristianos

En ésta, la última lección de este curso, hablaremos algo más respecto a la vida eterna, especialmente de la seguridad que los cristianos siempre tenemos. En hablar de la fe, ciertamente todo progresa hacia el fin y la Segunda Venida de Cristo. Es propio, entonces, que en esta charla ponemos aún más énfasis en la seguridad que hay para todo cristiano.

La Confesión de Augsburgo, que hemos citado anteriormente en estas lecciones, dice lo siguiente en su Artículo XVII respecto al retorno de Cristo para el Juicio: “También se enseña que nuestro Señor Jesucristo vendrá en el día postrero para juzgar y que resucitará a todos los muertos. Dará a los creyentes y electos vida y gozo eternos, pero a los hombres impíos ya los demonios los condenará al infierno y al castigo eterno.” En el tiempo de la Reforma, los luteranos dejaron muy clara su postura respecto al fin del mundo, el Día de Juicio y todo lo que sucedería con los fieles y los incrédulos.

Al escribir a su aprendiz, Timoteo, Pablo le asegura de la bendición eterna que él recibirá, diciendo, “Yo sé en quien he puesto mi confianza; y estoy seguro de que él tiene poder para guardar hasta aquel día lo que me ha encomendado” (2 Timoteo 1:12). Hemos visto que tenemos la misma seguridad, pero esto es algo que debe estar en nuestras mentes día y noche: Cristo nos da la salvación que tenemos desde el primer momento de la fe, y esto es todo lo que necesitamos para recibir la bendición eterna de Dios. Sabemos que nosotros, con todos los demás, seremos revivificados con nuestros cuerpos que llamamos “glorificados.” En su Epístola a los Filipenses, Pablo habla respecto a la obra de Jesucristo y dice, que El: “cambiará nuestro cuerpo miserable para que sea como su propio cuerpo glorioso, y lo hará por medio del poder que tiene para dominar todas las cosas” (Filipenses 3:21).

También resucitarán los incrédulos en el Día de Juicio, pero su resurrección será de pena y horror. En el Antiguo Testamento, llevado por el Espíritu de Dios, el profeta Daniel dijo, “Muchos de los que duermen en la tumba, despertarán: unos para vivir eternamente, y otros para la vergüenza y el horror eternos” (12:2). Por supuesto, él habló respecto a los incrédulos cuando habló de “vergüenza” y “horror.” El profeta Isaías también describió el fin de los incrédulos cuando él escribió: “Y saldrán y verán los cadáveres de los hombres que se rebelaron contra mí; porque su gusano no morirá, ni su fuego se apagará, y serán abominables a todo hombre” (66:24). El apóstol Juan escribe al respecto con las palabras siguientes: “El que cree en el Hijo, tiene vida eterna; pero el que no quiere creer en el Hijo, no tendrá esa vida, sino que recibirá el terrible castigo de Dios” (Juan 3:36). Y Pablo, escribiendo en su Segunda Epístola a los Corintios, dijo, “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo” (5:10). Lo bueno que el cristiano hace es la primera buena obra, teniendo fe, como se había dicho anteriormente.

Como cristianos, es natural que querremos pensar en lo que la bendición eterna de Dios significa para nosotros. Sin embargo, Dios no nos ha dicho todo al respecto, y Él ha reservado

para Sí los detalles mayores de todo esto. A la vez, Jesucristo enseñó respecto a lo que el Día de Juicio sería, según las palabras de Mateo: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda. Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber? Y, ¿cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo y te cubrimos? O, ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. E irán estos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna” (25:31-46). Esta cita larga de las cosas que Jesús dijo, según Mateo, es una de las lecciones más completas respecto a cómo será el Día de Juicio.

El Apocalipsis de Juan ayuda a explicar algo de lo que sucederá, y también nos ayuda a estar seguros en nuestra fe y esperanza. Dice Juan: “Y vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros según sus obras” (Apocalipsis 20:11-12).

No hay duda, entonces, que los fieles al Señor serán salvos y gozarán de una bendición mucho mayor de lo que podríamos imaginar, estando todavía vivos en esta tierra. Existe el cielo, sin duda, pero mientras estamos con vida en la tierra, todas las preguntas respecto a cómo será el cielo no son de suma importancia. Lo que es de suma importancia es nuestra fe cristiana salvadora y la relación que nosotros tenemos con nuestro Señor. Todo lo demás tendrá su tiempo, y cuando estamos con el Señor tendremos las respuestas a todo lo que hasta entonces no sabremos. En su visión, el Libro de Apocalipsis, Juan nos ha dado un vistazo de lo que el cielo será, cuando dijo, “Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (21:1-4).

Sabemos también que Cristo vendrá una sola vez para juzgar al mundo y llevar consigo a los fieles que habían estado esperando Su llegada. Hay lenguaje figurativo, lenguaje algo encubierto respecto a lo que quiere decir, en el Libro de Apocalipsis capítulo veinte, que habla de un período de mil años cuando habrá paz y el reinado de los que habían sufrido las consecuencias de persecuciones en contra del cristianismo durante la historia del mundo. Ya que todo esto se encuentra en un capítulo de Apocalipsis que contiene mucho lenguaje figurativo y no hay otro lugar en las Sagradas Escrituras que describe una situación igual a lo que aquí se encuentra, tomamos esta referencia a un milenio -el período de mil años- también en sentido figurativo. Probablemente estamos todos viviendo en el “milenio” del período entre la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y Su Segunda Venida. Ciertamente, Jesucristo es victorioso en todo sentido y dará toda bendición a los suyos.

Hay cristianos que creen también que habrá una temporada de refinación después de la muerte. Tradicionalmente, la Iglesia Católica Romana ha sostenido una postura al respecto de lo que se llama por ellos el “purgatorio.” Desafortunadamente, las Sagradas Escrituras no hablan de tal lugar. En los libros apócrifos del Antiguo Testamento, lo que se considera literatura bíblica de segunda categoría por las iglesias protestantes, y no entre los libros inspirados por Dios, En el Segundo Libro de los Macabeos, capítulo dos, se encuentra una referencia a la purificación de almas. Aun en la teología romana, esto ha llegado a ser una creencia grande más por la tradición y la piedad popular, la práctica de la fe sin mayor base bíblica, que en la enseñanza de la iglesia. Pero sí, esta idea ha sido proclamada mucho en distintas épocas de la historia de la iglesia, y, especialmente en el tiempo de la Reforma, llegó a ser tan grande en la fe del pueblo que Lutero tenía que oponer esta idea en una manera segura y abierta. Esta enseñanza dice que los cristianos que no han pagado las obligaciones temporales por su pecado serán recibidos en el cielo cuando esto se pague por contribuciones de dinero u oraciones u otras obras dictadas por un sacerdote como confesor de una persona cristiana fiel. Esta enseñanza resta algo de la obra de Jesucristo, y deja parte de la responsabilidad de la salvación del creyente a su propia obra, lo que es falso, según la enseñanza bíblica. Tal idea deja al cristiano con una fe equivocada y una esperanza insegura de su salvación.

Como sabemos, somos salvos por la fe, creyendo firmemente que Jesucristo ha hecho todo para ganar la salvación y el perdón de pecados por nosotros, habiendo muerto en la cruz. Sabemos también que constantemente tenemos que estar atentos a una práctica de fe regular y segura. Un cristiano debe pedir al Espíritu de Dios constantemente que le guarde en una fe correcta para no caer de la gracia y perder su alma. La obra de sostenemos en la fe es algo que el Espíritu de Dios hace y rogamos que lo haga todos los días para todos nosotros.

Esto concluye un breve repaso de la doctrina cristiana. Hemos “hablado de la fe,” tratando de ver lo que es principal en la enseñanza de la doctrina bíblica. Somos cristianos luteranos, pero lo principal de esto es “cristiano.” Desde hace casi quinientos años hemos tenido la gracia de Dios por conocer la verdad bíblica hecha más clara para nosotros por la obra del reformador, Martín Lutero. Él era siervo de Dios y damos gracias a Dios por él y su enseñanza bíblica.

Reformadores como Lutero y otros abrieron la Biblia para la iglesia cristiana de nuevo, después de siglos de estar sin ninguna palabra segura. Podemos pensar que las palabras de Pedro fueron escritas a nosotros en manera especial, cuando él dijo: “Tenemos también la palabra

profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:19-21).

Agradecemos mucho su atención a estas charlas y rogamos a Dios que Él nos guarde en la verdadera fe cristiana por toda la vida. ¡Gracias!

Texto original: Enero del 2002
Versión actualizada de texto: Abril del 2012
Versión revisada y actualizada de texto: Diciembre del 2012
Versión revisada y actualizada de texto: Agosto del 2013
Versión revisada y actualizada de texto: Agosto del 2014
Correcciones y actualización: Septiembre del 2014
Correcciones y actualización: Marzo del 2017
Revisión: Junio del 2018